

Amelia Drake

La
ACADEMIA
LIBRO TERCERO

Traducción del italiano de
Sara Cano

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

1. El Húsar del sombrero amarillo	9
2. La casa del ahorcado	14
3. La regadera de hojalata	23
4. El puñal de la hoja mellada	34
5. Un domingo de lluvia	42
6. La ley de los Deshollinadores	57
7. La niña prodigio	63
8. El señor de los gólems	73
9. La poción Placidia	88
10. Prisionera	100
11. La carta dorada	115
12. La jugadora	134
13. Los fugitivos	140
14. El largo sueño	158
15. Pavlova	161
16. ¡Viva el rey!	171
17. La voz del Ángel	176
18. Una gota de milagro	187
19. La calesita roja	205
20. Una carta en la oscuridad	212
21. Una moneda de plata	221
22. El funeral del rey	238
23. El Medio Milagro	243
24. La tormenta	249

1

El Húsar del sombrero amarillo

Un día esplén-plén-pléndido, ¿verdad? —exclamó el desconocido al sentarse en el banco junto al soldado.

Y allí se quedaron, uno al lado del otro, en la quietud de los Jardines Reales.

Seventy Stephen no vestía su uniforme de Húsar, el cuerpo de Guardia Real en el que se había alistado, mientras que el desconocido iba envuelto en un manto amarillo con el cuello alzado y llevaba una chistera del mismo color. Cuando se sentó, antes incluso de que empezara a hablar, Stephen pensó que tal vez fuera algún tipo de representante religioso, un Gozoso o un sacerdote del Sol. En cambio, debía de ser simplemente alguien con ganas de entablar conversación.

El joven soldado apoyó las manos sobre la caja rosa de la pastelería Cocotte que tenía en el regazo, como para evitar que el aroma del merengue escapara de su interior.

—A ve-ve-veces sería agradable ser invisible, ¿no crees? —retomó la conversación el desconocido—. Pero este m-m-mal o-o-olor no se va nunca.

—Realmente son los mejores merengues de la ciudad —se le escapó a Seventy Stephen.

—¿Y para q-q-quién son, si se me per-per-permite pre-pre-preguntar? ¿Es-es-estás esperando a alguna novieta?

—No tengo novieta —atajó Stephen. A continuación paseó la mirada por una larga avenida flanqueada de arbustos de arrayán, pulcramente podados con forma de conos y pirámides, hasta la fuente que borboteaba al fondo. El agua dibujaba minúsculos arcoíris sobre los peldaños de mármol blanco—. Ya no, al menos...

—Oooh... ¿Ha-ha-ha e-e-elegido a otro caballero? ¿O tal vez fuiste tú el que...?

—¿Fui yo el que qué? —lo interrumpió con brusquedad Stephen y él fue el primer sorprendido por su vehemencia. Había confundido aquella simple frase con una insinuación que había dado de lleno en lo más hondo de sus tormentos. Invirtió unos segundos en recordarse que nadie podía saber qué había pasado entre Twelve, la chica a la que había declarado su amor para luego traicionarla, y él, y que lo que estaba sucediendo en aquel banco era fruto de un encuentro fortuito, por extraño que estuviera resultando—. Disculpe —murmuró inmediatamente después—. No quería ser grosero.

Creyó que en aquel momento se levantaría, saludaría con una reverencia marcial a aquel tipo vestido de amarillo y regresaría a la Academia, y de allí a la cárcel, para su turno de guardia en la celda número 67.

Pero el desconocido lo pilló desprevenido cuando contestó:

—No debes pe-pe-pedirle perdón a na-na-nadie: cuando uno arrastra-tra-tra consigo el olor a huérfa-fa-fano, se siente siem-siem-siempre a-a-atacado...

Stephen experimentó un largo escalofrío al escuchar aquellas palabras, a pesar del débil sol primaveral, de color amarillento, que bañaba los jardines y hacía relucir las varillas de hierro de los bancos. Porque aquello era cierto: Stephen era uno de los huérfanos de la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser. Y aquel era su primer día de permiso, el único que se había con-

cedido desde que, junto con el resto de los huérfanos de su generación, abandonara la institución para seguir los preceptos de la Academia de los Húsares. Y desde que su nariz asomó por la puerta —aquella nariz larga y puntiaguda de la que Twelve tan a menudo se burlaba, diciéndole que podría servirle para cortar mantequilla o para colgar luces de Nochevieja—, siempre se había sentido observado, como un forastero por las calles de la ciudad, como un náufrago perdido en un mar de gente. Como aquel prisionero bajo la inclemente luz de la sala de interrogatorios, desnudo y caminando a tientas. Solo tenía una dirección, escrita en un trocito de papel doblado y escondido en el fondo de los bolsillos de los únicos pantalones que tenía para los días de permiso. «Pastelería Cocotte», se leía en aquel papelito, y, más abajo, «merengues». Los merengues de Cocotte eran la mayor delicia del mundo, le había dicho el prisionero mientras Stephen hacía guardia frente a su celda. Lo único que realmente echaría de menos cuando lo ahorcaran en la plaza de los Inocentes.

—¿Quién eres? —le preguntó Stephen al desconocido, permitiéndose observarlo con mayor atención. Su llamativo manto estaba raído por las costuras y todos los botones eran distintos, mientras que de los carcomidos bajos de los pantalones asomaban unas pesadas botas militares.

—U-u-uno que hue-hue-huele i-i-igual que tú, a-a-amigo mío —respondió el desconocido, levantándose la chistera amarilla apenas lo suficiente para que Stephen reconociera sus penetrantes ojillos.

El joven Húsar pensó que la caja con los merengues se le iba a caer al suelo, pero consiguió contener el impulso de ponerse de pie y agarrar su espadín. Principalmente, porque aquel día no lo llevaba colgado de la cintura.

—¡No puede ser! —exclamó—. Tú... ¡estás muerto! Yo... fui a tu funeral. ¡Al tuyo y al de todos los demás!

No pronunció el nombre de Twelve, ni el de Rebecca, ni el de Ninon.

El desconocido le apoyó en el brazo una mano envuelta en un mugriento guante de prestidigitador.

—Los merengues son para Arthur, ¿ver-ver-verdad?

—¡Responde a mi pregunta! —le increpó Stephen—. ¡Tú estás muerto!

—M-m-me a-a-alegro de que todos crean que estoy muerto... ¡Y e-e-en cier-cier-cierto mo-mo-modo a-a-así es! He muerto, Ste-Ste-Stephen..., ¡y lue-lue-luego he re-re-resucitado!

—¡Con su permiso, señor! —Seventy Stephen se apresuró a levantarse—. Por un segundo le he confundido con un viejo amigo, pero evidentemente ha sido una equivocación.

Estaba claro que le estaban tomando el pelo. Que el desconocido sentado junto a él no podía ser Hugo Eight, su compañero de la Institución Moser que había saltado por los aires en el atentado del puente Delagrava cuando se dirigía a la academia a la que lo habían destinado. Igual que tampoco podía haber pronunciado aquel nombre, Arthur, el mismo que el prisionero de la celda número 67 había escupido en un charco de sangre después de que el sargento mayor lo torturara horas y horas para descubrir quién era y qué se ocultaba tras el golpe durante el cual lo habían arrestado.

Detrás de Arthur estaban los Ladrones. Estaba la Decimonovena Academia, aquella cuya existencia nadie en la ciudad conocía. Y estaba Twelve, a quien había dado por muerta.

—Te ayudaré. Te lo prometo —le había dicho.

Y en cambio la había traicionado.

—N-n-no s-s-seas tan tes-tes-testarudo como siem-siem-siempre, Ste-Ste-Stephen —continuó el desconocido—. No te-te-tenemos mucho tiem-tiem-tiempo y si m-m-me po-po-pones ner-ner-nervioso tar-tar-tartamudeo m-m-más, lo sabes perfectamente...

Stephen se detuvo a mitad del movimiento con el que pretendía desmarcarse de la conversación. Lo sabía, sí,

todos sabían que Hugo tartamudeaba más cuando estaba bajo presión y le ponían nervioso a propósito cuando querían gastarle una broma. O impedirle que terminara una de sus construcciones, aquellas máquinas absurdas que nunca servían para nada. Sí, aquel tipo era, sin sombra de duda, Hugo Eight.

—¿H-h-has vis-vis-visto a las de-de-demás?

El muchacho clavó la vista en el letrero dorado que decía «Cocotte» en la caja de cartón rosa, avergonzado.

—Solo a Twelve —respondió—. Solo he visto a Twelve.

—¿Y q-q-qué te ha contado?

Stephen se mordió el labio hasta casi hacérselo sangrar.

—Nada —mintió—. No me ha dicho nada.

El desconocido suspiró.

—Es-es-escúchame b-b-bien, Se-Se-Seventy. He-he-he vu-vu-vuelto para ayudarte. Quie-quiero con-con-contarte todo lo q-q-que no sabes...

—Hugo, tengo que volver a la Academia, ahora mismo.

En las manos enguantadas de Hugo Eight apareció un minúsculo frasquito blanco con dos alas doradas grabadas.

—Qui-quiero a-a-ayudarte, Ste-Ste-Stephen... y a Ar-Ar-Arthur tam-tam-también, antes de que lo a-a-ahorquen. Te he tra-tra-traído una cosa para él. Una cosa pe-pe-pequeña. Más pe-pe-pequeña que un me-me-merengue.